

EN LA ENFERMEDAD

El "sí" de un salto y nuestra nueva vida

Para Angela y su familia afrontar el tumor ha sido «una lucha hasta el final», jalonada de sorpresas y de hechos nunca vistos

Fabrizio Rossi

«**E**stábamos en ese sofá. Todavía me acuerdo». Ha transcurrido sólo un año desde aquella tarde de octubre, pero Gigi no podrá jamás olvidarlo. A Angela, su mujer, le acababan de encontrar un tumor óseo. Y se lo quisieron decir a sus hijos, Francesco y Matteo. En el salón en el que habían visto decenas de películas y de partidos, entraba algo que ninguno de ellos habría jamás imaginado. «No sabíamos que pasaría, pero teníamos claro una cosa: la realidad es positiva. Aunque en aquel momento no tuviéramos garantías: ha sido un salto». En la normalidad de aquellas paredes en el extrarradio de Parma. Basados sólo en lo que Gigi, electricista, y Angela, empleada en la universidad, habían vivido en el movimiento: «He seguido de manera infiel, esporádica, beligerante... Pero nunca me he ido de aquí», escribía Angela en una de sus últimas cartas.

Falleció a las 4.20 del 31 de agosto, con el cielo todavía oscuro. Junto a ella, en la habitación del hospital para enfermos terminales en donde había ingresado tres semanas antes, una quincena de familiares y amigos en oración desde la noche anterior: «Aquella noche experimenté la presencia de Uno que salva de la muerte», cuenta Francesco, de 18 años. A través de aquellos rostros: «Signos pequeños pero concretos. Por ejemplo, me quedé sin palabras al ver cómo nos ayudábamos a vivir. Había in-

cluso personas que no me esperaba. Una me contó: "Quería irme enseguida. Luego comprendí que estaba sucediendo algo grande. Y decidí quedarme"». En la lucha, una compañía que te sostiene: «Hemos peleado hasta el final», recuerda Gigi. «En primer lugar Angela: cada mañana tenía que reconquistar la conciencia de su "sí" a esa circunstancia, para que se hiciera más pleno». Aunque las cosas empeoraban de día en día: «Me han dicho que ya no volveré a levantarme de la cama: Cristo quiere todavía más», escribía. «Mi vida tiene un sentido si se convierte en certeza de su Presencia. Si no es así, perdemos el tiempo».

En cambio ha sido así. Se vio en el funeral en aquellos 800 rostros que llenaban el Duomo: «No celebramos la muerte de Angela, sino el testimonio que nos ha dado», dijo don Lorenzo en la homilía. «El hecho de que estemos aquí es el signo de la vida nueva que trae el Señor». Lo decía la misma Angela a sus amigos: «Vuestros rostros, vuestro existir a mi lado manifiesta su Presencia». Por eso, el funeral fue también una fiesta. Con los cantos que ella amaba, de Chieffo y cantos españoles: «Sin ninguna fractura con el Happening que propusimos en la ciudad una semana después», dice Gigi. Ni

con la barbacoa que los hijos hicieron con sus amigos la misma noche. Con música y juegos: «Para que todos vieran que se puede vivir así». E incluso quien les conocía poco se dio cuenta de la diferencia, como la profesora de latín de Francesco: «Dijo: "Me habéis hecho sentir el amor de Dios"». O como esa chica que iba todas las noches de discoteca y ahora les sigue dondequiera que vayan: «No logra explicarse cómo podemos afrontar todo de este modo», dice Francesco. También una de las monjas del hospital para enfermos terminales se dio cuenta: «Os doy las gracias. Sois vosotros quienes nos habéis dado testimonio».

Por no hablar del cambio en la abuela Rosa: «Siendo viuda, no aceptaba la enfermedad de Angela», relata Francesco. «Pero ante toda aquella gente en el rosario y en el funeral, empezó a ceder: "¿Es posible que estén aquí sólo por mi hija?". Poco a poco fue conociendo a sus amigas... Ahora quedan para cocinar las tartas para los encuentros de la Fraternidad. Incluso me ha dicho: "Ahora intuyo que el Paraíso está mucho más cerca de lo que pensamos". ¿Es mérito de ellos? «En absoluto», dice

«Me han dicho que ya no volveré a levantarme de la cama: Cristo quiere todavía más. Mi vida tiene un sentido si se convierte en certeza de su Presencia. Si no es así, perdemos el tiempo».

Gigi: «Nos sentimos más espectadores que actores: todo ha sucedido a pesar nuestro. Ha bastado un "sí"».

¿Y ahora? «La fatiga no te la quitan», explica Francesco: «Pero el desafío es el

mismo: no te puedes parar en el "sí" de ayer. Todo depende de como vuelvas a empezar hoy». Como vio la otra mañana, cuando sus amigos se reunieron para rezar Laudes antes de ir a clase: «Yo entraba más tarde, así que quería quedarme en la cama. En cambio, me llega un sms... En resumen, al final fui. Quizá estaba menos fresco, pero aquel día fue verdaderamente intenso. Lleno no de tristeza, sino de Él. Esto es lo que deseo para siempre»

H